

R. 10285

n.º Marc. 9228

# Ante la reindustrialización

LAR-99

Ignacio HERNANDO DE LARRAMENDI

Durante varias décadas la industrialización ha obsesionado al mundo occidental, y probablemente al no-occidental. Se creía «buena» frente a la agricultura que se pensaba «mala» y sinónimo de atraso. Algún gran problema actual procede de que muchos países pobres han relegado el mundo de la agricultura e incrementado su dependencia de importaciones agrícolas de países ricos, que han aumentado hasta diez veces en algunos casos sobre la de hace 15 años.

En una reciente reunión de países del Tercer Mundo tuve ocasión de señalar la importancia del impulso agrícola para su equilibrio y la necesidad de planes de ayuda para estimular las agriculturas nacionales, principalmente a través de los propios agricultores. España no es un país del Tercer Mundo, pero nuestra agricultura ha sido y debe ser instrumento básico de equilibrio y potencia económica, y eso intuyen quienes ven con objetividad nuestra evolución, a pesar de dificultades y problemas y se dan cuenta de nuestras posibilidades que no siempre nosotros mismos somos capaces de apreciar.

Pero dejando de lado este comentario general debo referirme a problemas inmediatos y uno es la re-industrialización, como se quiere llamar a la «recuperación» de puestos de trabajo, perdidos como consecuencia de diversas clases de reconversiones industriales, con protección grande de sindicatos a trabajadores con mejores ingresos y casi abandono de las de empresas pequeñas sin instrumentos de presión en una actitud poco social de «protección a privilegiados» propia de un «corporativismo» que teóricamente se critica.

¿Cómo pueden recuperarse empleos? ¿Cabe esto en los empleos clásicos industriales? Algo ya está ocurriendo aunque no nos demos cuenta, y es una causa de la mejora de nuestra balanza de pagos. España está exportando, si bien en gran parte por las gran-

des multinacionales del automóvil que para nuestra satisfacción y orgullo han demostrado que en España son posibles plantas tan eficientes como en el país más avanzado.

La mayor exportación implica que alguien, y no todos son multinacionales, se ha recuperado, ha aprovechado circunstancias y posibilidades y está españoleando haciendo posibles que el conjunto de nuestra crisis se suavice y que tengamos tiempo para aprender la fórmula de ser competitivos y eficientes.

Debemos analizar lo que hace falta para que se puedan crear, no ya puestos de trabajo falsos que den lugar a nuevos problemas, sino «empresas efectivas» ahora que se vuelven a «admitir», después del repudio indiscriminado de grandes capas ideológicas de hace pocos años y que se les consideraba perjudiciales al equilibrio social.

Sobre esto quiero hacer algunas observaciones

— Será difícil que nadie, salvo grandes multinacionales con capacidad de resistencia a escaramuzas laborales y sentido de distancia, arriesgue su patrimonio, su tiempo y su tranquilidad si cualquier error —y la actividad empresarial obliga a cometer errores y a que surjan dificultades— se transforme no sólo en pérdida económica sino en tensiones brutales, insultos, etc. El empresario debe tomar riesgos con su propio patrimonio, de la naturaleza que sea, pero necesita un «estado de derecho» que le permita una salida digna, si no acierta dentro por supuesto de un control para eliminar picaresca en diferentes formas. Esto se resuelve aceptablemente con las instituciones jurídicas empresariales y económicas de la sociedad occidental, en general poco operativas en España. Pero el empresario no puede soportar la vejación y la amenaza física por sus posibles errores. ¿Y puede alguien medir lo que significa para la independencia y la dignidad de un país que

sólo grandes inversiones extranjeros se atrevan con los riesgos de la inversión? ¿Y no es eso lo que en cierto modo nos está sucediendo?

— En España y en todo el mundo occidental, estamos, y estaremos más, sujetos a una competencia mundial de países con trabajadores que trabajan «más tiempo con remuneración inferior». Es ilusorio pensar en recuperación manteniendo todas las ventajas que se habían llegado a lograr, especialmente si se habían obtenido, voluntaria o coactivamente, por presiones laborales a que no se podía resistir.

Los trabajadores, de Asia principalmente, están extraordinariamente interesados en puestos de trabajo poco remunerados y con largos horarios. Si los españoles queremos «reindustrializarnos» tenemos que abandonar principios falsos «promovidos» en estas dos últimas décadas por la «inteligencia sociopolítica» y actuar con el convencimiento de que sin sacrificio no puede haber recuperación de empleo permanente.

Esto afecta a los nuevos trabajadores de empresas que se van a crear o ampliar, pero también a quienes tienen puestos estables y seguros con cierto grado de monopolio, que abusan exigiendo en sus sectores condiciones que reducen el poder adquisitivo de muchos españoles y dificultan las posibilidades de la recuperación. Esta situación, contra la que ningún Sindicato se ha pronunciado, frena nuestro futuro. No ocurriría esto si los trabajadores que conservan su puesto de trabajo, en un acto de **solidaridad efectiva**, renunciasen a una parte de sus ingresos para compensar a quienes los pierden. Tampoco sobre esto he visto propuestas.

— Los nuevos puestos de trabajo han de ser de naturaleza distinta, en sectores diferentes, en razón de las necesidades que vamos a tener, no las del pasado y en áreas distintas a las que están desapareciendo. Por eso es interesante comentar que existen muchas necesidades desatendidas, poco atendidas, o sólo teóricamente atendidas por servicios públicos ineficientes. Se necesita una verdadera reestructuración del trabajo público que ha faltado en los últimos cuarenta años y sigue faltando a pesar de las reformas ac-

tuales. Desgraciadamente, éstas parecen más inspiradas en el resentimiento que en el deseo de lograr el gran cambio que necesita España, una Administración pública adecuada a las necesidades de la sociedad actual y de la que **surgirán muchos puestos de trabajo en áreas privadas**. España es un país con nivel deficiente de servicios colectivos, área de trabajo digno para quienes tengan vocación de servicio y utilidad social, pero que está sirviendo de refugio a quienes sólo buscan un alto nivel de seguridad sin aceptar la responsabilidad de sus deficiencias y errores.

Existe gran posibilidad de nuevos puestos de trabajo en servicios personales y de semi-artesano, perdidos últimamente con las coacciones de hace algunos años de trabajadores jóvenes pidiendo «todo y ya», seguridad completa y sueldo elevado, no inferior a los que habían adquirido profesionalización elevada. Esto ha hecho desaparecer —¿quién iba a tomar ese riesgo a sus espaldas?— el aprendizaje, una fórmula básica laboral, que exige sacrificio, como el estudio lo exige a los interesados y a sus padres, pero que permite lograr nivel alto de remuneraciones en áreas casi desaparecidas. Afortunadamente, en todo Occidente se abre camino la vuelta al aprendizaje que «restaure» un área importante de trabajo digno y saca del ocio y el desinterés a núcleos crecientes de jóvenes que hoy no saben cómo pueden iniciar su actividad laboral y se desesperan en sangría estéril para la reconstrucción de nuestra economía.

Habrà reindustrialización, el paro disminuirá, pero los puestos de trabajo exigirán sacrificio, esfuerzo, limitación inicial y un cierto grado de inseguridad. Además, será indispensable otro factor también «condenado» últimamente, alto beneficio en las empresas, que a su vez genere importantes ingresos fiscales, que lleven a generar más recursos sociales, y sobre todo excedentes que inciten a la creación de puestos de trabajo. Quienes no lo reconozcan y quienes retengan contra el interés general los privilegios que adquirieron en algún momento entorpecen la justicia social y la vida digna aunque modesta de muchos españoles; éstos pueden ser «patrones» pero también «obreros» en alguna de sus formas.